IX

Eran igualmente feas la iglesia y la capilla: la una, con sus columnas romano góticas, pintadas al temple de rosa y verde claro; su altar gótico románico, cromolitográficamente decorado de la misma manera; sus altares laterales muy chiquitos y en demasía pobremente presuntuosos bajo un ventanal de Epinal de pacotilla, v a lo largo de las paredes, verdegueantes y rubicundas de humedad y... de colores de tienda barata, un vía crucis, firmado... calle de Bonaparte; la otra, la capilla con su vía crucis, firmado... calle de San Sulpicio, sus carteles, su altar, su púlpito, de ese amarillo de humedad.... y peor o mejor, a elegir, su cielo raso casi de alcoba, y todo ello con pretensiones de cómodo en lo ruinoso, con un reclinatorio de terciopelo granate acá y allá para las mamás y sillas de enea multicolor, a la belga, para los papás y los señores del clero, gustosos de asistir -mamás, papás y señores del clero- a la enseñanza espiritual, "prodigada" a su querida prole y tiernas ovejuelas, las cuales, quitando alguno que otro chiquillo como yo, que entonces, y lo digo tan sin modestia como con derecho era todavía inocente o... ignorante a medias del pecado, "pecado vergonzoso", del "vicio impuro", eran una

pandilla de galopines ya enviciados, medio marchitos en la flor de sus doce años, irónicos e incrédulos que cantrban: "¡Ah, si crees que te quiero!" con la música de ¡Espíritu Santo, descended sobre nosotros!

Tan feas eran la iglesia como la capilla, Espantables y odiosos, en su mayoría, los "chicos" del catecismo, entre los cuales estaba yo, toda-

vía amable y candoroso.

De la enseñanza en sí misma, ¿qué decir? Venía a ser como la misa rezada que oíamos los domingos muy tempranito, en la iglesita provisional de la calle de Clichy, acurrucados en un rinconcito que era el baptisterio: misa correcta, seca y nada larga.

No lo bastante larga, al menos verdaderamente para mi, que -insisto en ello- criado sin fanatismos por padres sin pizca de beatos, pero de una religión más de lo que se llama "razonable" en los medios burgueses, tenía la intuición de las bellezas, o mejor dicho, de las bondades verdaderas de la iglesia cristiana, o más bien católica, mientras llegaba el tiempo de que tras una larga época de errores de toda índole y de violentas culpas, había de explayar, en un día de desdicha y ventura, mi alma convertida, en versos que han parecido notables.

Y mi primera comunión fué "buena". Sentí en aquella ocasión por vez primera esa cosa casi física que todos cuantos practican la Eucaristía experimentan, de la presencia absolutamente real, cuando nos aproximamos sinceramente al Sacramento. Experimentamos un choque, Dios está aquí en nuestra carne y nuestra sangre. Dicen los escépticos que eso lo produce la fe sola, exaltando la imaginación. No hay tal. Y la indiferencia de los impíos, la frialdad de los incrédulos, cuando, por befa, absorben las Santas Especies, es el efecto mismo de su pecado, el castigo temporal del sacrilegio.

Mi confesión general había sido escrupulosa; recuerdo que me acusé de haber robado, porque por equivocación me había llevado de una tienda de la calle de las Damas dos estampas de un céntimo en lugar de una. Hice bien, ¿no es verdad?

Pues bueno; en la tarde del día más hermoso de la vida, según Napoleón I, después de haber recibido la confirmación de manos del infortunado obispo Sibour, que había de morir asesinado algún tiempo después a manos de un cura privado de licencias, habiéndome invitado la madre de un compañero de catecismo a tomar el té con ellos; y como diera la casualidad que su difunto esposo había servido en la Artillería, díjome la señora: "Pero puesto que su señor padre es capitán de Ingenieros retirado, sin duda conocería a mi pobre marido en la Escuela Po-

litécnica..." Y yo, que sabía que mi padre, aunque hijo y pasante de notario, se había alistado a los dieciséis años para la campaña de Francia, ascendiendo muy pronto al grado de oficial en un Cuerpo donde había que hacer los mismos estudios que en la Escuela, contestéle: "¡Oh! ¡Claro que sí!" Aquella gorda, fea y necia mentira, pesóme algún tiempo haberla echado; después de lo cual —para acabar de una vez con lo referente a mis opiniones religiosas de entonces, ¡oh, dolor!, ¡un niño!, ¡un niño de doce años y luego de trece!— al año siguiente, en la época de renovar mi primera comunión, con otros chicos de trece años, no quise confesarme.

¿Veis cómo por aquella época no teníamos nada que envidiar a los jóvenes librepensadores de hoy día?

Dejemos, para volver a ellas, quizá más tarde, esas cosas... reparables, puesto que fueron reparadas años después, y entonces, y a partir de esa fecha, memorablemente.

El día de mi ingreso en el Liceo siguió de cerca al de mi primera comunión. Aunque menos solemne, fué también importante. Figúrese que se trataba nada menos que de ser del Liceo, de estudiar, de estar entre los medianos en el colegio, y el colegio tenía un uniforme exactamente igual que los liceos de internos, y el di-

rector tenía a gala que sus alumnos tuviesen uniforme para ir al Liceo; el Liceo, en cambio, no tenía uniforme.

Ibamos allí dos veces al día, excepto los domingos y jueves. Yo "nos" veo todavía en larga hilera descender por la calle B'anca, atravesar la calle de San Lázaro y meternos por entre el gentío escolar del extremo norte de la de Caumartin, que nos dejaba enfrente de la puerta "monumental", entre las fuentes no menos monumentales, "ornadas" de cabezas de leones, dignos de ser los del Instituto, que como sus doctos colegas, tenían fama de escupir o vomitar agua, pero que la mayor parte del año estaban en seco.

A mí me habían destinado a la séptima clase... Hube de entendérmelas con el padre Robert, un hombre ya de edad, vivo como la pólvora, y que castigaba de firme. En aquel tiempo llevaban los profesores la toga y la toca; y las oraciones, al empezar y al terminar la clase—la última al son del tan or que repicaba en el patio un muchacho, al q. e llamaban en mi tiempo, al menos, ¿por qué?, "Chupacirios"—, las rezábamos en latín: Veni, sancti Spiritus. Sub tuum...

Empezaba yo como había de acabar, con celo y éxito a ratos, por ser un "cáncer", palabra espantosa, sentido amplio y más clemente que duro en el fondo, y el excelente profesor no me escatimó los castigos. El latín me distraía todavía un poco; pero las Matemáticas —¡oh!, esa regla de tres la comprendo hoy menos que nunca, por más que las razone un poquito mejor que entonces— y la Historia —¡fechas!— y la Geografía —¡nombres!— me daban en el estómago.

El primero de la clase, un cabezota malos pelos, era siempre el señor Mario Sepet. Cuanto a mí, oscilaba siempre entre el veinticinco y el treinta, de treinta y cinco que éramos.